

colección rúbrica



SUSANA AGUIRRIZÁBAL



NOCHES DE AGOSTO
A RITMO DE JAZZ

esstudio
ediciones

«De Madrid al cielo, y en el cielo, un agujerito para verlo».

LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE

Madrid, 1993

«En verano vivir es fácil» (*summertime and the living is easy...*), decía la gran Ella Fitzgerald, reina indiscutible del jazz, muy bien acompañada por la majestuosa trompeta del carismático e innovador Louis Armstrong.

El calor es insoportable, el ventilador está medio roto, y además hace un ruido infernal. Me encuentro sentada delante del ordenador totalmente estancada, intentando escribir algo conexo y coherente en esa vida fácil como dice la gran Ella. No sé si es que tengo un bloqueo «de narices» o es que el calor me derrite las neuronas y no me deja pensar. Mi querida tía Victoria me trae una limonada fresca para hacerme un poco más llevaderos los 41 grados que hay hoy en Madrid. Soy estudiante del último año de Filología Inglesa en la Universidad Complutense de Madrid. Participo en un concurso de relato cuya temática es el jazz. Estoy atacada de los nervios, porque el plazo para presentar mi historia está a punto de expirar, y yo aquí, derrengada, intentando escribir algo sensato, navegando entre palabras

e ideas, y para colmo soportando este ardor veraniego que no me deja respirar.

Me vienen a la cabeza bosquejos, conceptos de algo... Aparece el autor norteamericano sureño, William Faulkner, y sus historias en el abrasador estado de Mississippi y su genial *Luz de agosto*, donde define como nadie esa vida a cámara lenta que representa el sur de los Estados Unidos, y nos lleva al *soul*, al jazz, al *blues* y a esa música negra que se hermana siempre con las altas temperaturas...

Tengo todo lo que tiene él... el jazz de fondo, el calor sofocante... pero NO SALE NADA.

También aparece el señor Scott Fitzgerald y su flamante esposa, Zelda, icono de los años 20 o era del jazz, considerada la primera *flapper* de Estados Unidos, bailando charleston, *big apple* y *jitterbug* en la mansión de Long Island, representada en su genial *El gran Gatsby*. Pero NADA...

Viajo al *Village* neoyorkino, a sus exóticos clubs de jazz teñidos de terciopelo rojo y cubiertos de humo espeso. Sigo trabajando el imaginario. Recuerdo aquellas noches mágicas de hace un par de años, cuando descubrí Nueva York, sus calles, su bullicio, su ambiente cosmopolita y su intensa vida. Pero NADA... nada de nada...

Soy consciente de que me juego mucho, porque los tres primeros premios obtienen una beca para viajar a Estados Unidos durante seis meses para profundizar en la rica cultura americana. Tengo la oportunidad de adentrarme en ese país que tanto me gusta; pero el problema es que no estoy muy inspirada, ni tampoco tengo todo el tiempo del mundo.

Finalmente, decido abandonar la ardua tarea después de ver las aspas del ventilador dar vueltas y más vueltas durante más de dos horas. Entonces decido parar.

—No es el momento de crear nada —me digo a mí misma.

Me hago un moño, me pongo brillo en los labios, máscara de pestañas, un vestido corto ligerito, me calzo las chanclas, cojo el bolso y decido ir a despejarme un poco. Esta tarde noche precisamente dan un concierto de jazz en el *Café Central* en la Plaza del Ángel, situada en el bohemio barrio de Las Letras. ¡Una idea cojonuda! A ver si, escuchando jazz, me animo un poco y me desbloqueo.

Mi tía Victoria vive en la calle Arriaza, muy cerca de la Estación del Norte, de donde salían los trenes que nos llevaban al pueblo de Las Matas cuando éramos pequeños. Pero ahora, en el año 93, desgraciadamente está a punto de ser clausurada, porque están haciendo un centro comercial que, por cierto, no me gusta nada.

Desde Arriaza cojo la Cuesta de San Vicente, llego a la Plaza de España, y de allí rumbo a Sol para adentrarme en el Madrid de las letras. Ese paseo es mágico, lo he hecho cientos de veces. Voy imaginando historias de amor, de desamor, de música, de infidelidad, de amistad, de dolor. Estoy sudando como un pollo, y no es para menos, porque cada vez hace más calor. No baja la temperatura ni por la noche. De hecho, creo que es al revés, que sube. Sigo caminando y llego al *Café Central*. El concierto está a punto de empezar. Me pido un *Southern Comfort* con hielo, un licor de whisky que sabe a jazz. Me enciendo un pitillo, *Marlboro* por supuesto, y me

dispongo a soñar mientras escucho versiones de Charlie Parker, Duke Ellington y Miles Davis.

Estoy embobada en esa nube misteriosa de humo que proporciona el jazz. Consumo mi cigarrillo al ritmo del «*So What*» de Miles Davis, y le doy un sorbito a mi *Southern Comfort*. Me dejo llevar por ese ritmo marcado e improvisado tan característico del jazz.

¡Qué bien suena la banda!

Acaba el concierto. Los músicos se entremezclan entre el público y saludan a su audiencia. Con un par de narices, me acerco a uno de ellos, quizás sea el hombre más racial que he visto en mi vida, y le invito a una copa. Acepta la invitación.

—¡Magnífico concierto! —le digo—. ¿Qué te apetece tomar?

—Lo que estés tomando tú —me contesta con una voz melodiosa y varonil acompañada de un leve acento, indescriptible en un principio.

Su español es fantástico. Es francés; pero no tiene un deje muy marcado. Tiene unos ojos verdes enormes, piel mulata, nariz un poco aguileña, barba incipiente, boca sensual, pelo muy corto, sonrisa enorme y constante. Comenzamos a conversar.

Le cuento que, a pesar de estar en uno de los meses estivales por antonomasia, ese tiempo de descanso, de sosiego, del abandono invencible al placer de los sentidos, de la grata pereza, me encuentro inmersa en un proyecto que debe finalizar en tres días como mucho. Le hablo de que estoy escribiendo un relato relacionado con la música jazz, que lo debo tener YA y que estoy totalmente

bloqueada. Él me comprende, porque es compositor y a los creativos esto del «bloqueo del escritor o compositor» nos ocurre muy a menudo. Me entiende perfectamente. Nos entendemos perfectamente...

Me invita a dar un paseo en ese Madrid solitario donde pasan cosas inesperadas bajo la luna de agosto cuando crees que nadie te observa. Es el momento de reencontrarnos con amigos, o quizás amantes, al lado de un mojito nocturno en las noches dulzonas de verano, donde se está hasta las tantas porque no hay prisa, porque si se trabaja, se hace a otro ritmo, ya que no hay «nadie» en la oficina. Fantaseamos con nuestros anhelos, nuestros logros, y a través de esa charla espuria y a la vez intensa, nos regalamos el reconectar con nosotros mismos. Creo que me acabo de enamorar locamente en un instante. Nos besamos intensamente entre palabra y palabra, sorbo y sorbo, sonrisa y sonrisa, mirada y mirada...

Salimos del local a pasear donde nos lleven los pies. Seguimos conociéndonos y prendándonos uno del otro. Decidimos parar en un local en la calle Huertas, un lugar con decoración cubana, aspecto envejecido y gente variopinta. Entramos y seguimos bebiendo y compartiendo noche. Ambos sentimos un amor inmenso por la música, la literatura... Eso nos acerca aún más. Me invita a tomar la última en su casa, y allá me voy a lo que me depare el destino...

Su casa no está lejos del centro. Es un apartamento donde predomina la madera; pequeño, acogedor, invita a relajarse. Hay un saxo en medio del salón. Me cuenta que se pasa las horas escuchando música y componiendo.

Nos aproximamos cada vez más, nos rozamos continuamente, nuestros cuerpos se buscan, se palpa en el ambiente una noria de hormonas, de sentimientos, de pura tensión sexual. Sigue haciendo muchísimo calor. Parece que estuviéramos en una película rodada en New Orleans, titulada *El saxofonista y la escritora*, con música jazz al fondo. Nos acostamos y hacemos el amor salvajemente. Siento cosas que nunca había sentido. Una noche de pasión torrida, un regalo de la vida en el momento preciso.

Nos levantamos completamente sudados. La canícula ya es insoportable, en esas horas tempranas que suelen ser frescas ya hace bochorno. No podemos parar de tocarnos, besarnos. Existe una magia entre nosotros muy difícil de explicar con palabras.

Tenemos el día por delante, pero yo tengo que regresar a casa de mi tía, ya que es allí donde suelo irme a escribir. Mi corazón me dice que debo quedarme con Pierre, pero la cabeza me lleva al pisito de la calle Arriaza. ¡Madre mía! ¿Qué hago? Resulta que ahora tengo doble bloqueo, porque la adrenalina y las ganas de estar con él me ausentan más las ideas. Solo puedo pensar en la increíble noche que, muy a mi pesar, acaba de terminar.

Finalmente decido quedarme, de momento, un rato más. Me doy una ducha helada, me pongo una camiseta suya que hace de vestido, y bajamos a desayunar al bar de la esquina. Nos pedimos un *cappuccino* en el que dibujamos un corazón con canela y planificamos un verano juntos... una vida juntos...

Cogemos la calle Huertas, pasamos por la calle del Prado y la Carrera de San Jerónimo. Ya hay viandantes con ganas de foto. Seguimos por el majestuoso Paseo del Prado, donde se encuentra la inmensa pinacoteca que tiene como testigo de excepción a la diosa Cibeles. Subimos por la calle de Alcalá, donde nos espera su flamante puerta, y desembocamos en el Retiro para disfrutar de sus gentes, su vegetación, sus edificios y su diversidad.

Hay un grupo de música *afro* tocando tambores al lado del lago. Comenzamos a mover el cuerpo al ritmo del tamboreo; terminamos tocando con ellos. Nuestras miradas se cruzan siempre, aunque nos separemos. Continuamos nuestro camino, un hechizo nos envuelve. Estamos los dos solos en la inmensa ciudad, rodeados de gente, pero también de silencio. Nos seguimos besando, abrazando. No quiero que esto acabe, hace mucho tiempo que no experimento esa sensación. Comemos en un restaurante con encanto, dormimos la siesta en su apartamento viendo el reflejo de la tímida luz que asoma por las rendijas de la persiana mallorquina. Nos despertamos de nuevo y volvemos a hacer el amor, esta vez suavemente, y así, JUNTOS, pasamos un día más.

Llega el momento de decir adiós, pero me resulta imposible; subo a su casa a coger mi ropa. Han pasado solo veinticuatro horas desde que le vi con su saxo en el *Café Central*, reproduciendo versiones de los más grandes del jazz.

Se ha hecho de noche otra vez, parece que ha pasado una eternidad. Ahora la noche es muy diferente a la

anterior: emana impavidez, su influjo nos seduce, su prosapia nos embelesa y su linaje nos atrapa. Mi vida es radicalmente distinta, es bella, misteriosa, enigmática. Estoy en calma, he descubierto otro universo; quiero perderme en la inmensidad de mis sentimientos y no volver a lo cotidiano. Todo eso se llama Pierre...

El dios de ébano no me deja marchar, me propone una noche más. Estoy agotada, necesito descansar, continuar escribiendo, pero es imposible decir que no. Pone una canción que nos fascina a ambos, *Hit the road Jack*, del gran Ray Charles, un hito del R&B; continuamos escuchando *Respect* de la reina del *Gospel*, Aretha Franklin. Cantamos y bailamos *Proud Mary*, también conocida como *Rolling in the river*, con la princesa de Tennessee, Tina Turner. Y, claro, ante todo esto, no me puedo ir... ES INVIABLE NO permanecer en ese lugar...

Sus caricias, sus muecas cómplices, su dulzura, su acento suave, esos abrazos cálidos que me envuelven con auténtico ardor, esa música lenta y apacible... Me dedica una canción que toca con su saxo. No puedo escapar de ese nimbo de miel. Me quedo.

Nos despertamos temprano. Sé que me despido de ese día y medio donde mi mundo se ha puesto del revés, donde no hay horarios, en el que he vivido en un planeta paralelo, y que ahora sí que vuelvo a casa, a mi día a día; y que, aunque siga viendo a Pierre, no va a ser igual. Esto ha surgido sin planearlo. En esa búsqueda del «desbloqueo» ha aparecido algo cautivador y muy especial,

algo que bajo ningún concepto me esperaba, algo que me ha cambiado en cierto modo la vida...

Salimos de casa después de tomarnos un café y una tostada sentados en los taburetes de la cocina americana que da a la pequeña terracita desde la que se divisa el cielo estival, claro y azul de Madrid. He preparado el desayuno con toda la ilusión del mundo. Tengo un sentimiento agrisado. No quiero que esto acabe; pero las circunstancias mandan. No se puede vivir en un eterno alud de emociones donde no hay ni días ni noches, donde todo es exactamente igual de apasionante.

Pierre me acompaña al *Galerías Preciados* de la Plaza de Callao para hacer unas compras antes de que yo baje por la Gran Vía a retomar mis antiguos quehaceres. Han pasado apenas horas desde que dejé el ordenador y las aspas del ventilador para adentrarme en el influjo de las noches de verano, del jazz, del sexo, del amor y de la aventura. Ahora sé que me va a ser todavía más difícil si cabe sentarme a escribir. La diferencia es que me importa un bledo: estoy pletórica, la vida me sonrío.

Nos acercamos al mostrador de los pendientes. Pierre quiere regalarme todos, me pruebo unos cuantos; me aconseja unos aros plateados de tamaño medio, me los llevo puestos. Creo que no me los voy a quitar en la vida. Nos dirigimos a la salida de los grandes almacenes cuando una chica de unos treinta años, muy atractiva, se acerca a nosotros con gran ímpetu y salen de su boca las siguientes palabras:

—Hola, Pierre, amor, llevo toda la semana intentando localizarte y no contestas mis llamadas ¿Te ha tragado la tierra?

Mi chico francés hace como si no la conociera de nada:

—Perdone, ¿nos hemos visto antes?

Pero la descripción exhaustiva que hace esa mujer de su barrio, su apartamento, su música, en definitiva, de todo lo que yo acabo de ver y sentir le delatan. Mi cabeza está a punto de explotar, no puedo creer que esa intensidad que he vivido en estos dos días sea una rutina para este saxofonista por el que yo había perdido completamente el juicio. Empiezo a correr sin control cuesta abajo, él va detrás de mí pidiéndome que le escuche antes de juzgarle. Yo no puedo mirar para atrás; le oigo, pero no le escucho. Estoy rota de dolor, la angustia me invade. Todo ha sido una mentira. Sus abrazos no existían, eran falsos; su mirada ficticia, sus besos fingidos, y mi corazón desgarrado...

Me despierto sobresaltada, impregnada de una sudoración excesiva y con la respiración entrecortada. Sigo viendo las aspas del ventilador tal y como las dejé antes de esa aventura de final infeliz. Pierre era un fantasma que venía de las llamas del infierno. Ese calor mortal me había empujado a un sueño con música de jazz de fondo, un sueño donde mi príncipe saxofonista se había convertido en el mismo Lucifer. Ese sueño que ahora yo tenía exactamente dos días para escribir.